



III Domingo Cuaresma

- ✓ **Exposición del Santísimo**
- ✓ **Canto de adoración**
- ✓ **Lectura del Evangelio III Domingo Cuaresma. ciclo a**

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

(Jn 4,5-15.19-26.39a.40-42)

✓ **Puntos de reflexión para la oración personal**

En medio del desierto cuaresmal, sales a mi encuentro, Señor Jesús, y me ofreces agua viva y fresca para calmar mi sed. Al igual que hiciste con la samaritana del evangelio quieres conducirme, en un proceso pedagógico y catequético, a abrirte de par en par mi vida, a entregarte mis miserias y a comenzar de nuevo un camino, caminando contigo.

Hoy nos sentamos con el Señor junto al pozo de Jacob al mediodía, en la hora sexta. Porque a esta hora, en la que nadie solía acudir al pozo, (la hora habitual era el atardecer), una mujer samaritana se dirige a Él. ¿Por qué evitaba esta mujer a la gente? Sólo podrá ser adivinado en el diálogo que se ve obligada a entablar con un desconocido tan inesperado como inoportuno. “Dame de beber”, le pide Jesús. También junto a un pozo, grandes personajes del Antiguo Testamento habían dirigido estas mismas palabras a otras mujeres: Isaac le pidió de beber a Rebeca, Jacob a Raquel y Moisés a las hijas de

Ragüel. “Dame de beber”, es el intento de conocer la disposición de la persona a la que alguien se dirige. En el evangelio, la respuesta de esta mujer samaritana no pudo ser más desdeñosa respecto a Jesús. Pero, paradójicamente, es entonces cuando Jesús le ofrece a ella el agua viva. Agua viva no es la que cae de las nubes, sino la que sale de la roca, la que brota de una fuente o de un manantial. Una escena parecida se repetirá no mucho tiempo después: desde la cruz, escucharemos de nuevo en labios de Jesús: “Tengo sed”, pero será Él mismo el que inmediatamente después dará la verdadera agua viva, dejándola brotar del venero de su costado.

Es el agua que limpia a la Esposa y la prepara para su boda. Y de hecho, en nuestro texto hay un trasfondo nupcial. Aquellos diálogos del AT junto a un pozo terminaron siempre con boda: Isaac con Rebeca, Jacob con Raquel y Moisés con Séfora. ¿Terminará también así el nuestro? De hecho, Jesús deriva el tema hacia la vida matrimonial de aquella mujer: le pregunta por su marido y ella oculta que había tenido ya cinco y que el hombre con el que estaba viviendo no era su marido (ahora comprendemos mejor por qué va al pozo a la hora sexta, evitando los comentarios ajenos). La vida de esta mujer ha llegado a representar la historia de todo el pueblo que ha sido infiel a Dios, su esposo, y que se ha ido tras otros amores. Por ello, la conversación deriva a la cuestión sobre el culto que se debe dar a Dios, el verdadero esposo del pueblo, y la venida de Aquel que “lo dirá todo”. Y así el evangelio termina con la confesión de fe en Jesús como este Mesías esperado, el Salvador del mundo.

Jesús dialogando con la samaritana está hablando al corazón de la esposa infiel para llevarla a su único verdadero marido. Entonces, ¿no habrá boda? La boda ya tuvo lugar, hace mucho tiempo, entre Dios y su pueblo. Jesús viene a restaurar y sellar definitivamente con su sacrificio este matrimonio o alianza de amor rota por la infidelidad del pueblo. Él, que se muestra sediento de amor, da primero a beber del suyo para mover al corazón humano a que razonablemente le corresponda. Y es que el amor de Dios es, a la vez, *agape* y *eros*. Es *agape* en cuanto que se da hasta la muerte por todos los hombres. Pero es *eros* porque espera nuestro “sí” como un joven esposo el de su esposa. Y lo espera con ansiedad porque en esta correspondencia a su amor está la salvación del hombre.

Al encaminarnos hacia la Pascua, se nos está invitando a unas bodas, a una alianza de amor entre Dios y la humanidad, realizada en la persona de Jesús Crucificado. Él dice a cada hombre que viene a este mundo: “Tengo sed” para invitarle a beber el agua viva, que es su Espíritu de amor que hace nuevo el corazón humano. Cuando más nos queremos ocultar a su presencia, refugiándonos en la hora sexta, Él más sale a nuestro encuentro como un mendigo inoportuno. Nos habla al corazón y nos dice: “Tengo sed de ti, tengo sed de tu amor y de tu fe... y mi sed es para revelarte la sed y la necesidad que tienes tú de mí y no te quieres dar cuenta de ello.”

- ✓ **Preces vocacionales (jueves sacerdotales)**
- ✓ **Oración comunitaria (todos juntos ante el Santísimo)**

Señor, que, en esta santa Cuaresma, aprendamos no solo a acoger tu amor, sino también a corresponder a él; que sepamos ver en tu sed, nuestra necesidad de tu amor y en Ti al Dios que ha querido hacerse mendigo del nuestro. Amén.

- ✓ **Canto de bendición - Bendición - Letanías de desagravio - Reserva**